

Debo decir que estos sucesos son culpa de la organización defectuosa de los hoteles. Y lo afirmo, porque si no me han quitado nada en mis viajes de lo que llevaba a la mano, ha sido porque ejercí una vigilancia especial en el momento de pasar del coche a la habitación que me dieron. Y esta vigilancia, enojosa y hasta humillante para los mozos y dependencia, era indispensable, pues ese momento de entrar en las fondas es el único peligroso, a mi entender, y en él, aprovechando la confusión, la fatiga del que viene cansado, la aglomeración de viajeros, mil circunstancias, pueden los ladrones apoderarse de algo que no tiene sólo el valor de lo que cuesta, sino a veces el mucho mayor de la falta que os hace y las molestias sin cuento que su desaparición os causaría.

Elio pudiera remediarse fácilmente. En las fondas debe haber un empleado especial que recoja los bultos de mano, cuando el coche se para, sin permitir que nadie los toque, y contándolos. Este empleado o dependiente debe usar una gorra con galón o insignia. Y, al ir recogiendo los bultos, debe meterlos en un recinto que esté en el mismo portal de la fonda, donde nadie entre sino él; y debe echar la llave, apenas estén desalojados los coches que de la estación vienen. Y, cuando cada viajero se halle ya en su cuarto, es cuando debe preguntarse qué bultos traía, y subílos en buen orden.

En efecto, si descartamos la probabilidad de un robo, debemos tomar en cuenta la de las confusiones y extravíos a que se presta la precipitada subida de los bultos. Raro será que os den los vuestros, y no los del vecino de al lado. Raro será que el lio de paraguas o el de mantas no vaya a parar cualquiera sabe dónde. Milagro que el maletín del prójimo no substituya al vuestro. Y, cuando viajan reunidas personas de la misma familia, siempre lo de unos se baraja con lo de otros. Los mozos que suben los fardos, en su apresuramiento, no piensan sino en librarse de la carga y os pasáis media hora rectificando errores, reclamando un lio...

Si algo pudiese sorprender ya, sorprendería que en Madrid vaya a representarse la traducción de la comedia de Abel Hermant, *Trenes de lujo*. Los que la hemos visto en París y la hemos leído después, nos asombramos del caso. *Trenes de lujo* es un libelo escénico, en que salen pintadas al carbón personalidades españolas, y además se hace mofa de América, de sus Estados más florecientes, de un modo exagerado, que, rebasando de la sátira, da en la caricatura grotesca. No me explico que aquí suba a escena tal engendro, lo repito, a menos que haya cambiado totalmente la obra al ser traducida.

Las fiestas para celebrar el Centenario de Cervantes, parecen, a medida que la fecha se acerca, más lejanas, más imposibles. Ninguna animación puede observarse; ninguna noticia sensacional corre ni en la prensa, ni en las conversaciones y runrunes. Estoy por decir que han fracasado, antes de cuajar. Se ha pensado en ellas demasiado tarde; y (de esto nadie tiene la culpa) han coincidido con sucesos demasiado graves y de alcance demasiado universal, para que no sea así. En circunstancias normales, el Centenario de Cervantes tendría una resonancia mundial, y atraería quizás a España a muchos sabios, literatos y artistas extranjeros, amén del elemento oficial, que acaso tampoco dejase de concurrir. Los Gobiernos delegarían representantes, y lo mismo las Academias, Sociedades, etc. Acudirían los hispanistas, a bandadas.

En los momentos crueles por que atraviesa Europa, embargan la atención y el pensamiento cosas muy poco relacionadas con la gloria de las letras y del pensamiento. Estoy segura — triste seguridad — de que nadie se acuerda de Cervantes, actualmente, en Europa. Para cervanterías estarán las naciones beligerantes.

Por lo cual se me figura que cada vez se enfrían más los ánimos, y que será difícil romper esta muralla de hielo.

Entre los especialistas de la literatura, la erudición, la historia, la ciencia, sin duda revestirá interés sumo el aspecto de indagación cervantina que consigo trae la conmemoración de la fecha. Con tal motivo y ocasión son muy numerosos los que estudian a Cervantes y a su libro inmortal y se preparan numerosas Conferencias en diversos puntos de España. Por ejemplo, Salamanca. Disertarán D. Luis Maldonado, sobre «Don Quijote en los estudios de Salamanca»; D. Juan Domínguez Berrueta, sobre «El alma de Don Quijote»; D. Fernando de la Quadra Salcedo, sobre «Jauregui, pintor de Cervantes»; don Cándido Rodríguez, sobre «Cervantismo y no qui-jotismo»; D. Francisco Maldonado, sobre «Sauj Ló-

pez y las nuevas orientaciones de la crítica cervantina»; D. José Sánchez Rojas, sobre «Cervantes en Italia»; D. Miguel de los Santos Oliver, sobre «Cervantes y Cataluña»; y D. Antonio García Boiza, sobre «Cervantes y Salamanca».

Ya es un programa nutrido; pero tampoco es flojo el del Ateneo de Madrid, donde hablarán, en la sección de Literatura, y tomando por tema a Cervantes, gentes de alto renombre, que han elegido sugestivos temas.

Cuando esto escribo, se hace público ya en la prensa lo que de antemano sabíamos: que el Centenario de Cervantes, o mejor dicho, la celebración oficial de esa fecha, queda aplazada indefinidamente; hasta que la guerra se termine y puedan los festejos de esta conmemoración revestir el carácter de una solemne fiesta de la paz. Tal es, al menos, el propósito declarado del Gobierno, en vista de las circunstancias; de la crisis económica, cada vez más acentuada, y de la imposibilidad de que las naciones cultas, que han dado al traste con la cultura y se rompen la crisma concienzudamente (esto no lo dice el Gobierno, claro), concurren al Centenario de un hombre por el cual somos universales en el terreno del espíritu...

Los tiempos no están para mieles literarias. Cuando se le pregunte a España qué hizo durante la espantosa sarracina, contestará como Sièyes a los que le decían en qué empleó su tiempo bajo el Terror: «¡He vivido!» No será poco si vive España. El carbón sube, y aun subiendo no estamos seguros de que no falte; el alcohol (no lo comprendo) ha pegado un salto de un 50 por 100; el queso de bola corre a 5 pesetas el kilo; los periódicos diarios van a costar a 10 céntimos uno; y éstos son, según fama, los primeros chispazos del incendio, algo para hacer boca... Dentro de poco tiempo, la vida no será posible. Y como si el cielo también quisiese ejercitar sus rigores con nosotros, no ha llovido, no ha hecho frío, no ha nevado. La cosecha, en Castilla, se resentirá de esta aparente benignidad, que es un castigo. Si Castilla no cosecha, calculad qué año se prepara. En aquellos campos, cada gota de agua es una espiga de trigo...

Son igualmente pesimistas los pronósticos de todos, tirios y troyanos. Nadie supone que no vaya en aumento la miseria, este apuro y ahogo que sordamente late en la entraña nacional. El comercio pone su queja en las nubes. Obligado a adquirir a precio más subido las primeras materias, el industrial se ve forzado a vender más caro, y los parroquianos se retraen. El que pensaba comprarse un par de zapatos nuevos, unas botas relucientes, echa medias suelas al par gastado, y va resistiendo. Artículos de lujo, son contados los que se venden. Hablan de crisis los comerciantes de novedades y los joyeros, las modistas y las que hacen sombreros, los confiteros y los sastres; hablan de crisis los teatros, que sólo a costa de esfuerzos fatigosos y galope de estrenos desenfrenado, pueden atraer un tanto al público; hablan de crisis los editores por el alza del papel, y de crisis los fabricantes, y de crisis, en suma, todo el que fia su existencia al trabajo o al negocio...

¡Inmensa incógnita! Nadie colige lo que aquí sucederá cuando la paz se trate, y tal vez no me equivoco ni exagero si digo que se teme, más aun que a la guerra, a la paz. Es decir, a lo que la paz traiga consigo...

Otro nublado que se ha deshecho es el del estreno de *Trenes de lujo*. Verdaderamente, era demasiado.

La sátira tiene sus límites, y la tolerancia de los países también debe tenerlos. Nadie consiente plácido que le harten de bofetones. Y, menos que nunca, ahora, que las más pequeñas cuestiones internacionales despiertan vidriosa susceptibilidad, pudo ser admitido que un país, mejor dicho, varios, sean puestos en ridículo en los escenarios de uno de ellos.

Se me objetará que tiene sus fueros el arte. Pero yo responderé que el arte lo que tiene es buenas espaldas para que le carguen responsabilidades que no le corresponden. La obra de Abel Hermant no es ni el *Prometeo* de Esquilo, ni siquiera el *Avaro*, de Molière. Es sólo una chismografía envenenada.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta temporada, es decir, todo lo que va de invierno, está Madrid invadido por traficantes belgas y franceses, turcos y griegos, suizos y creo que hasta chinos, que van de casa en casa ofreciendo su mercancía. Vienen provistos de tarjetas, de referencias, de recomendaciones, y, muchas veces, no se puede evitar recibirlos y escucharlos.

El que está entregado al sueño, o haciendo en una butaca la digestión del almuerzo, leyendo un periódico o mirando la lista grande para convencerse de que nada le ha tocado en el último sorteo, se halla ciertamente a mil leguas de pensar en comprar una alfombra turca o una sortija de ensaladilla. Estas dos ocasiones de aumentar su tesoro artístico se las ofrecen a cada momento dichos *mercantis*, que, haciendo mil zalemas, empiezan a desenvolver un rollo, o abren cuidadosamente un saco de mano, para que admiremos un legítimo Esmirna o una perla que hace palidecer a la Peregrina, y ofrecernos luego tales preciosidades por una suma de francos muy módica.

La alfombra no es sino de los Almacenes del *Bon Marché*; la perla es un nacarón jorobado y lleno de grietas; pero a pesar de todo no falta quien se deje engatusar.

Estos mercaderes, que yo creo sencillamente pobres diablos que tratan de realizar un negocio lícito, tienen mala fama en Madrid. Pasan por *apaches*. La palabra suena siniestramente, y cierra muchas puertas a los errantes vendedores.

En efecto, un apache debe de ser (cree la gente) algo sombrío y terrible, algo en relación con las tragedias feroces del Gran Guignol, con los relatos espeluznantes de *Fantomas*, con los sucesos macabros de las trágicas gavillas parisienses. Bueno: un apache, en mi opinión, genéricamente hablando, no se diferencia de nuestros tomadores nacionales.

Ved, por ejemplo, si pudiera ningún apache parisiense mojarles la oreja a los dos apaches madrileños que hará dos días actuaron en la calle de Felipe IV, a las ocho de la noche. Como se ve, ni la calle ni la hora son de las que justifican precauciones y recelos. Una señora regresaba a su casa, que tiene el número 11 de dicha calle. Al llegar al número 9, dos hombres se arrojaron a ella, y de un modo instantáneo, mientras el susto no la dejaba ni pedir auxilio (ni había a quién pedirlo, porque ningún guardia andaba por allí), le arrebataron una cadena de oro y una medalla de brillantes, y huyeron como un relámpago.

Pues tocante a habilidad y maestría ¿qué decir del ingenioso industrial que se había creado una lucrativa profesión, *sutilizando* gabanes, impermeables y demás prendas de abrigo? Por fin le echaron el guante; pero se pierde la cuenta del número de gabanes que desaparecieron últimamente, sin explicación, como si les brotasen alas. Del Casino militar; del Centro de Hijos de Madrid; de varias Academias; de distintos casas, había volado ropa que, como no la descuelguen, no se menea de los percheros. El que cargaba con las prendas de lujo es un Angel Martínez, a quien deben graduar de apache, con todas las ceremonias que se requieren para ingresar en esta orden de andante caballería.

Ningún alumno de Monipodio fué más mañoso y ligero de manos que este cesante, ne sé si madrileño o de alguna provincia hispánica. Ahora que le tiene en su poder, la policía ha averiguado oportunamente que en Barcelona dejó memoria amarga de sí. Parece ser que en varios hoteles mostró su destreza. No había medio de sospechar quién fuese el atrevido descuidado que, apostado en las salas de viajeros de las fondas, atisbaba la llegada de los coches y, en un abrir y cerrar de ojos, hacía desaparecer los maletines de mano, o los saquitos, en el brevísimo instante en que los viajeros anotaban su nombre en la taquilla.